

antaño, pueden servir a los de hogaño como portadores de significaciones distintas»²³.

La primera tarea que el adaptador ha tenido que realizar, según Romera, ha sido la de eliminación de todos los elementos no teatrales que aparecen en el texto primitivo. Una vez despojada de ellos, la obra ha experimentado nuevos procesos de elipsis, como son la supresión de los finales de los autos VIII y IX, además de otras supresiones más sustanciales, como las referidas a la ejemplaridad moral del texto. Especial atención le merece a Romera Castillo el caso de los personajes, cuya presencia e intervenciones —siguiendo un riguroso cómputo estadístico— estudia en el texto original y en el adaptado. Torrente a veces suprime parlamentos enteros; otras, parte de ellos; así como se realizan fundidos de los mismos. Estos tres procedimientos, exigidos por las circunstancias de brevedad que el teatro y los espectadores de hoy reclaman, se ilustran con varios ejemplos. En el plano lingüístico el adaptador elimina en algunas intervenciones las citas y menciones eruditas, debatiéndose siempre en esa dialéctica de la conservación y la modernización. En síntesis, concluye Romera, Torrente Ballester ha reescrito un nuevo texto en el que se armonizan la fidelidad y la transgresión.

La segunda adaptación que estudia es la realizada por Francisco Brines de *El alcalde de Zalamea*, de Calderón²⁴. Se aplican, en este caso, los principios de la semiótica, de la que el profesor Romera es sin duda uno de los mejores cultivadores en nuestro país. La semiótica teatral, como es sabido, se ha detenido en el análisis de los diversos tipos de textualidades. Así, por ejemplo Marco de Marinis²⁵ distingue entre *texto literario* (texto escrito) y *texto espectacular* (representación), mientras que María del Carmen Bobes²⁶ diferencia dentro del *texto dramático* dos aspectos, a los que da un sentido distinto al de Marinis: el *texto literario*, que se dirige a la lectura y el *texto espectacular*, destinado a la representación (textualidades que están en el texto escrito). En el caso analizado por Romera Castillo, el producto final es un conglomerado macrotectual compuesto de cuatro capas textuales: el T(1) de Calderón; el T(2), sobrepuesto, de Brines; el T(3), sobre el que José Luis Alonso realiza su montaje; y el T(4), el del espectáculo propiamente dicho, es decir, el texto global de la

puesta en escena. Estas textualidades forman parte de una serie semiótica en la que la anterior va generando la siguiente. El investigador reconoce que, aunque lo ideal sería hacer un análisis semiótico de todo este proceso de transformación, las restricciones metodológicas le obligan a ceñirse a la confrontación de los dos textos iniciales. Tal comparación le lleva a demostrar cómo la materia prima ha sido sometida a un primer proceso de «refinamiento» en el taller del adaptador.

Frente a la adaptación bastante libre de *La Celestina* realizada por Torrente, la versión que ofrece el poeta valenciano de *El Alcalde de Zalamea* es muy respetuosa en general con el texto original. El mismo Brines nos confiesa que «la labor de restauración de dos escenas, o la modificación de alguna otra, son tan neutras, que difícilmente se harán visibles con escándalo al espectador». El investigador, sin embargo, desentraña con gran tino lo que en este segundo texto es producto del numen del poeta. En el aspecto expresivo, por ejemplo, diferencia con absoluta nitidez los rasgos lingüísticos calderonianos conservados y los que han sido modernizados con vistas al espectador actual. Se comprueba, por otra parte, que, en la *lectura* realizada por Brines, se han tenido en cuenta las circunstancias actuales de tiempo y espacio para que la comunicación teatral funcione y no encuentre demasiadas interferencias. Desde el punto de vista semiótico Romera desentraña magistralmente el mecanismo en virtud del cual un texto dramático primigenio, producido en otros tiempos y en otras circunstancias, ha generado otro signo textual de la misma índole en la España de finales de este milenio. Este trabajo y los anteriormente reseñados resultan no sólo alumbradores de nuevos espacios de la escena teatral sino absolutamente imprescindibles a la hora de editar los textos clásicos.

F. Gutiérrez Carbajo

²³ Torrente Ballester, G., introducción a su adaptación de *La Celestina*, ed. cit., pp. 3-4.

²⁴ Calderón de la Barca, P., *El Alcalde de Zalamea*, ed. de Francisco Brines, Madrid, Ministerio de Cultura, 1988. Esta adaptación se compara con la edición de Díez Borque, Madrid, Castalia, 1979.

²⁵ Marinis, M. De., *Semiotica del Teatro. L'analisi testuale dello spettacolo*, Milán, Bompiani, 1982.

²⁶ Bobes Naves, M.C., *Semiología de la obra dramática*, Madrid, Taurus, 1987.

La selva de las pasiones*

En este su quinto libro Emilio Temprano vuelve por sus fueros y maneras, transitando caminos que su bien probada erudición desbroza. Y caminos laberínticos también en esta ocasión, pues se trata no sólo y nada menos que de las pasiones, sino también de los tenebrosos círculos de la confesión sacramental en la España contrarreformista, amén de otros avatares.

El libro se articula en torno a ciertas ideas básicas. Una de ellas la de la inmutabilidad y carácter casi demiúrgico de las pasiones, mantenida de prólogo («las pasiones son eternas», p. 7) a epílogo («que las pasiones humanas son uno de los principales motores de la historia de la humanidad parece una verdad difícil de rebatir», p. 583). Otra, el carácter de «repetición constante» de la vida humana, de «representación cíclica del acontecer universal» (p. 34), lo que lleva a conclusiones no muy alentadoras: «el hombre gregario es el que más vuelve y se repite, y junto con él, las ideas más rutinarias y los pensamientos más baladíes y absurdos» (p. 35). Esa «dulzura de la vida repetida», esa inercia «va a desempeñar un papel fundamental en la vida rutinaria de los seres humanos» (p. 39); en fin, entre inerte y perezoso, «el hombre gregario es el gran triunfador del universo» (p. 41). Un pesimismo antropológico de confesadas procedencias y resonancias nietzscheanas y ya antiguo en el autor. En efecto, en su segundo libro, *El mar maldito* puede leerse: «... las pasiones humanas o, mejor, las represiones humanas están donde estaban hace cientos de años» y también: «la vieja idea del inmovilismo constante que propugnaba Zenón de Elea no hay que desecharla, como tampoco el concepto de la

vida como repetición»¹. Vemos, pues, cómo el autor vuelve por sus fueros.

La conceptualización de las pasiones no se mete en excesivas profundidades; con la *animi perturbatio* de Covarrubias en la mejor tradición aristotélico-tomista, la diferenciación kantiana entre emociones y pasiones y la irreductible obnubilación de la razón por las pasiones, queda aliñada la faena (aunque la definición del Aquinata nos espere agazapada en una nota al pie de la p. 406). Y, aunque sea asunto de mucha enjundia y cavilación, conviene recordar que ya Hume consideraba una falacia la oposición entre la razón y las pasiones, que Spinoza matizaba tal oposición dando gran importancia al deseo (*cupiditas*) y que en la actualidad autores como Bodei sostienen que «el contraste ente 'razón» y 'pasión' es menos frontal y absoluto de lo que parece»².

El texto se divide en dos grandes partes, claramente diferenciadas y que podrían ser dos libros, lo que conlleva alguna reiteración de la que no se ha hecho gracia al lector de la obra en un solo volumen. En la primera parte se estudian arquetipos (el perfecto caballero, la mujer ideal, el matrimonio, el niño modelo, el empleo del tiempo) y estados u oficios (de reyes y príncipes a labriegos y criados), describiendo minuciosamente, a través de un vasto despliegue de textos que van del siglo XV al XIX, cómo quería la moral católica al cristiano en los más variopintos momentos, estados y trabajos de su vida y cuáles eran las desviaciones más frecuentes de tales modelos de perfección, cuáles, en fin, los pecados más habituales en cada oficio, condición, situación, época de la vida, etc. Ni que decir tiene que todo este recorrido lleva al lector a campos tan diversos como interesantes; del sesudo tratado de teología al refranero popular, pasando por la poesía y el teatro. Pero es en los manuales de confesión —auténtica selva bibliográfica en la que el autor se aventura con audacia— donde se centra la notable labor investigadora del libro.

* Temprano, Emilio: *El árbol de las pasiones. Deseo, pecado y vidas repetidas*. Barcelona. Editorial Ariel, S.A. (1ª edición: marzo 1994). 596 pp.

¹ Temprano, Emilio. *El mar maldito. Cautivos y corsarios en el Siglo de Oro*. (Madrid). Mondadori. (1989). P. 58.

² Bodei, Remo. «La razón de las pasiones». *Letra Internacional* N° 26. Verano 1992. P. 28.

La segunda parte, fundamentada en los mismos elementos que la primera, hace un recorrido por el cuerpo y el eros desde la óptica del ocupante del confesionario y aún más, de la teología y la moral católicas. El resultado se deja a la libre imaginación del lector: un rosario inacabable de represión de pasiones, sentidos, potencias del alma, fantasías; de cuanto pretendiera escapar al constante control que el buen cristiano debía ejercer sobre lo visible y lo invisible, lo material e inmaterial, su cuerpo y su alma en toda situación y momento de su vida, si quería que ésta cumpliera su papel de *valle de lágrimas*, de fragoso y extenuante camino hacia la salvación eterna. Incluido el sueño; hay un curiosísimo texto, publicado en Lisboa en 1563, cuyo autor sostiene, y aún «demuestra», que «el sueño corporal viene por engaño y ilusión del demonio» (p. 155 n° 12). Esta parte leída incluso en estos tiempos, produce algo más que desazón. Especial interés tienen los capítulos dedicados al eros, la homosexualidad y las prácticas confesionales *contra* los indios americanos. Aquí quedan de manifiesto los «servicios casi policíacos perfectamente organizados y reglamentados por la Iglesia para someter a los indios» (p. 569), contribución eclesial, y nada magra por cierto, al literal arrasamiento de las culturas autóctonas, aunque siempre quede el parco consuelo —perteneciente a buen seguro a «la selva de los tópicos» y de inconfundible tufillo nacionalista—, de que en el «modelo protestante al indio había sencillamente que exterminarlo» (p. 572); la *petite différence*, que nuestro autor no constata aunque sin duda la conozca, es que el «modelo católico» dio en la nada despreciable y sin duda *moderna* bicoca de poner a los indios a *trabajar* en condiciones de explotación genocida y cuando ésta no fue posible, no tuvo mayor empacho en recurrir al «modelo protestante»³.

Con los apartados dedicados al «perfil de la mujer ideal», al «jardín del matrimonio» y a «las cenizas del Eros» el autor se ha hecho acreedor, sin duda, a las bendiciones feministas al poner de relieve la secular misoginia de la Iglesia Católica que sigue empeñada en ver en la mujer (convertida por la Iglesia en «el ser satánico por excelencia», p. 525) y en la sexualidad femenina, desde los ya un tanto lejanos tiempos de Eva, poco menos que el origen de todos los males y ocasión

de inúmeros pecados y asechanzas para el cristiano (varón, por supuesto) en su peregrinación hacia el cielo; males, pecados y asechanzas que se precisan con minuciosidad, desde la condena de san Jerónimo («es adúltero el que ama a su mujer con amor ardiente») de recientes ecos papales. Por cierto —y por mor de precisiones— que en lo relativo «a dogmatismo y represión de la mujer» (p. 70), a «comportamientos sociales» (p. 491) o a «cuestiones de moral o creencia» (p. 492) insiste el autor en las diferencias entre España e Italia, a favor de la segunda. Y aquí el lector se queda con las ganas; la erudición de Temprano no se ha permitido, como hace en otros muchos casos a lo largo del libro, la más pequeña digresión que especificase tan interesantes divergencias.

Nos encontramos, pues, ante un duro y apasionado alegato contra el cristianismo, reiterado hasta la saciedad a lo largo del libro y enunciado desde la reivindicación, un tanto abstracta, del «hombre y la mujer autónomos, con una moral robusta y libre» (p. 6), del «pensar libremente» (p. 349) y desde una defensa a ultranza del placer («el autor... apuesta sin la menor duda por el placer: el placer del cuerpo, el placer del amor y el placer de la vida. En definitiva; *il piacere sempre*», p. 305). Siguiendo a Caro Baroja, el autor considera que «el cristianismo es, en realidad, una adaptación a la masa, a la multitud, de unos principios cardinales de la filosofía griega» (p. 83) dedicada a sojuzgar a sus fieles recordándoles su condición mortal: «la idea-fuerza de la muerte aparece como el núcleo esencial del cristianismo» (p. 369). Por otra parte, «la moral cristiana aparece siempre como castradora de las pasiones, es decir, como un alzamiento contra la vida» (p. 149). Se trata, en fin, de ese «platonismo aplebeyado» adecuado a las «naturalezas de esclavo» que merecería el olímpico desprecio de Nietzsche, el mentor más caro al autor del libro.

Ahora bien, ¿cuál vendría a ser, en último término, la causa determinante de esa cruzada milenaria del cristianismo contra el placer y, de paso, contra sus

³ Sobre el recurso fácil al «modelo protestante» puede verse García, Mario... Y resultaron humanos. Madrid. La Compañía Literaria. 1994. 216 pp.